

BOGOTÁ EN TIEMPOS
DE LA CELEBRACIÓN DEL PRIMER
CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

Alberto Escovar Wilson-White
Escuela Taller de Bogotá

Durante el gobierno del general Rafael Reyes Prieto se celebró el primer Centenario de la Independencia de Colombia. En ese momento, Reyes consideraba importante convocar un evento en donde no se escatimaran recursos económicos y la celebración le permitiera al país olvidar por un momento los estragos de la guerra de los Mil Días, que había culminado en 1902, así como la pérdida de Panamá un año después. Desde 1907 había conformado una comisión que estaba a cargo de la “solemne celebración del Centenario de la Independencia Nacional”.¹

A pesar de la antelación con la que se convocó a la junta, como se verá a continuación, nada salió como se había esperado, ni siquiera para el mismo Reyes, quien abandonó el país en 1909 a bordo del vapor *Manisti*, iniciando así su destierro. Con rapidez se conformó una nueva comisión que dejó constancia de que en “el archivo no encontró más vestigios que un proyecto de concursos”. Para enero de 1910

¹ *Primer Centenario*, p. 5.

esta comisión se quejaba de que “aún no había recibido un centavo de la Tesorería General”.² Para entonces, sólo restaban 150 días para iniciar las construcciones proyectadas y no había cómo hacerlo. Finalmente en febrero se iniciaron las obras en el Parque de la Independencia y todo el montaje se realizó en tan sólo cinco meses.

Uno de los problemas que presentan las efemérides es que con ellas se intenta, por lo general de manera artificiosa, cerrar o iniciar ciclos que en la mayoría de los casos no se cumplen; al parecer, la celebración de ese primer Centenario de nuestra independencia no es la excepción. Desde un punto de vista político la independencia definitiva de España, al menos en lo que respecta al territorio que actualmente ocupa Colombia, sólo se materializó en 1819, después de la batalla de Boyacá, así que cronológicamente la celebración de este Centenario en 1910 resulta prematura.

Sin embargo, no es objeto de este artículo analizar las razones políticas que llevaron a tomar esta decisión, sino por el contrario, aprovechar la ocasión y las descripciones que se hicieron de la ciudad y su arquitectura para verificar si, en efecto, este acontecimiento anunció alguna transformación o no dejó de ser otro campo abierto a la pirotecnia verbal que suele acompañar a estas celebraciones. Es necesario anunciar que en la medida que la conmemoración se llevó a cabo en una ciudad que se enfrentaría a un crecimiento desmesurado en ese siglo que apenas des-puntaba, resulta una buena oportunidad para describir su estado en aquel momento, y así luego pasar a hablar de las edificaciones que conformaron el recinto ferial, que de

² *Primer Centenario*, p. 10.

alguna manera deberían anunciar los cambios que le esperaban a Bogotá y al resto del país.

BOGOTÁ: CAPITAL DE COLOMBIA

Después de la independencia, Bogotá mantuvo su condición de centro administrativo y político como parte del antiguo territorio que conformaba el virreinato del Nuevo Reino de Granada. Bogotá, como las demás capitales del continente americano, sufrió, a lo largo del siglo XIX, una transformación espacial derivada de la incipiente industrialización y los cambios en los sistemas sociales y productivos. En ese repentino proceso la ciudad alteró su apacible fisonomía para pasar a convertirse en una urbe con aires cosmopolitas. Es necesario recordar que ésta era todavía, a finales del siglo XIX, una pequeña ciudad parroquial que intentaba solucionar problemas vinculados con el mejoramiento de los servicios públicos tales como el abastecimiento de agua o el saneamiento de las calles principales ante una población en aumento, que en 1905 alcanzaba sus primeros 100 000 habitantes.

El primer medio siglo posterior a la independencia definitiva de España había transcurrido entre guerras civiles, debates políticos y la formulación reiterativa de leyes que dificultaron la comunicación entre las distintas regiones del país, que a pesar de todo pudo emprender la construcción de inconexas líneas de ferrocarril y desarrollar la navegación fluvial a vapor. La economía nacional en el siglo XIX se basó principalmente en la explotación de los recursos naturales y el aprovechamiento de suelos para el cultivo. Esta dinámica permitió, para finales de ese periodo, la aparición de talleres e industrias textiles, que además

de la explotación minera y la expansión de los cultivos cafeteros apuntaron hacia una relativa bonanza que lentamente fue cambiando el aspecto de los centros urbanos. Como lo señala Kalmanovitz:

A partir de 1890 fue cada vez más posible que se establecieran talleres mecanizados que empleaban trabajadores asalariados, importaran ingenieros y técnicos o estos se hicieran con la experiencia productiva misma, contaran con servicios adecuados de energía motriz (hidráulica al principio pero eléctrica cada vez más) y contaran con mercados locales.³

En este proceso de cambio en las formas de producción y acumulación de capital y transporte de bienes, sumado a una relativa inmigración extranjera acentuada en las ciudades puerto, además de una demanda por nuevos productos, se produjeron varias transformaciones en el espacio urbano de las ciudades colombianas, que se manifestaron en novedosos planteamientos para sectores residenciales o en las tipologías edilicias para estaciones de ferrocarril, edificios de mercado o pasajes comerciales. Así mismo, no es coincidencia que este panorama de cambio y transformación se reflejara a su vez en la celebración acostumbrada de ferias agropecuarias e industriales a todo lo largo del siglo XIX, como catalizadores de los esfuerzos por tecnificar la producción y sumarse a la aventura del progreso. La fascinación que causaron las exposiciones universales organizadas en las grandes ciudades europeas y norteamericanas como magníficos ejemplos del progreso humano suscitó entre las élites criollas la necesi-

³ KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 79.

dad de organizar este tipo de celebraciones, alentadas a su vez por el deseo de evidenciar los adelantos del país. Con este propósito se realizaron diversas exposiciones nacionales en 1871, 1872, 1880, 1881, 1899, 1907, y finalmente en 1910 para conmemorar el primer Centenario de la independencia. Como lo señala Frèdèric Martínez: “justificadas por la voluntad de representar visualmente los progresos de la nación, las Exposiciones Nacionales se inscriben, desde su aparición, en el marco de los festejos patrióticos”.⁴

En comparación con otros países del continente, Colombia era un país tardíamente industrializado. Su capital, Bogotá, se encontraba separada de su puerto más próximo sobre el océano Atlántico por más de 800 km y por otros 300 de cualquier población sobre el Pacífico, al que se podía llegar luego de atravesar dos cordilleras y una tupida y húmeda selva. Mientras otras ciudades como Buenos Aires, Río de Janeiro o Santiago, habían acaparado importante inmigración extranjera y comercializaban ampliamente los productos nacionales a la vez que importaban tecnología y personal capacitado, en el siglo XIX Colombia únicamente podía ser recorrida sobre una mula a través de largos caminos tortuosos. Sólo en las últimas tres décadas del siglo XIX el país inició el proceso de construcción de líneas de ferrocarril, con el fin de contrarrestar el aislamiento geográfico de sus ciudades y comunicarlas con las fuentes fluviales y marítimas más próximas. Así, el ferrocarril permitió acercar la capital al puerto fluvial de Girardot, y desde allí y a través del río Magdalena a los puertos de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla. Obras de infraestructura como

⁴ MARTÍNEZ, *El nacionalismo cosmopolita*, p. 324.

éstas permitieron el afianzamiento de las factorías locales, el establecimiento de unas cuantas industrias mecanizadas y negocios manufactureros

aún fabriles que fueron cubriendo necesidades del consumo de la población, tales como cerveza, grasas y jabón, chocolate, telas y zapatos [...] y también atendiendo los requerimientos de las obras públicas y de construcción de vivienda, como cemento, tuberías, etcétera.⁵

LA CIUDAD SE TRANSFORMA

El incipiente desarrollo económico del país, sumado a un crecimiento poblacional que quintuplicó el número de habitantes de Bogotá a lo largo del siglo XIX,⁶ llevó a la construcción de nuevos espacios, instituciones e infraestructuras que empezaron a modificar el paisaje urbano. Si bien desde el siglo XVIII se había ordenado la construcción de un cementerio público, que se adaptó desde 1791, no fue sino hasta 1832 cuando se le dio a éste un tratamiento adecuado y pasó a convertirse en el Cementerio Central. Lo mismo sucedería con las estructuras hospitalarias, cuyo mejor ejemplo lo constituirían los hospitales de la Misericordia (1897) y San José (1905-1925) o la Casa de Salud Marly (1904) en Chapinero. Con la prohibición de celebrar el mercado público en la antigua Plaza Mayor se procedió a la construcción de un edificio para este fin entre 1861 y 1864, así como un espacio para el Matadero Público (1879). En el campo político, desde 1847 se había emprendido la construcción del Capitolio

⁵ KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 82.

⁶ MEJÍA PAVONY, *Los años del cambio*.

Nacional, con diseño de Thomas Reed (1817-1878), quien a su vez dejó listo el diseño para la penitenciaría de Cundinamarca o Panóptico, cuya edificación se inició en 1874. En el terreno de la infraestructura, la ciudad poseía tranvía desde 1884, ferrocarril que comunicaba con Facatativá desde 1889 y con el río Magdalena desde 1909, así como acueducto con tubería de hierro desde 1888. En el campo urbanístico, quizá la obra más importante de este periodo la constituyó el Parque del Centenario (1883), espacio que se destinó para el descanso, la contemplación y la salud; y con este fin se decidió adaptar el tradicional sector de la Recoleta de San Diego como lugar de esparcimiento. Con motivo de la celebración de los 100 años del natalicio de Simón Bolívar se instauró este jardín urbano que fue embellecido con monumentos como el Templete del Libertador, obra del arquitecto italiano Pietro Cantini. Estos nuevos espacios se ubicarían en las afueras de la ciudad existente, focalizando las nuevas áreas de expansión y señalando los puntos de fuga para el posterior crecimiento urbano de Bogotá en el siglo xx. Los nuevos equipamientos cumplieron una función de límites físicos y puntos de referencia a mayor escala, al ofrecer otra relación entre el área urbana y el paisaje y brindar al habitante otra forma de experimentar la vida en la ciudad.

Estas obras urbanas y arquitectónicas que Bogotá desarrollaba a principios del siglo xx no pueden abstraerse de la situación de inestabilidad política y social prolongada que acompañaba entonces al país. Uno de los hechos que tuvo mayor repercusión fue la guerra de los Mil Días (1889-1902), al punto de generar un desequilibrio interno suficiente para que se diera la pérdida de Panamá en 1903, teniendo estos dos hechos grandes repercusiones políticas, económi-

cas y sociales. Aunque las difíciles perspectivas que tenía la nación al entrar al nuevo siglo anunciaban un país desarticulado y sin horizontes, los gobiernos buscaron con desesperación herramientas para la recomposición nacional. A raíz de esto, se puede inferir que la celebración de ferias fue un mecanismo eficaz para impulsar las fuerzas creativas y establecer ciertos referentes de representación del sentimiento patriótico, con el pensamiento propio de la ciudad latinoamericana de entonces (de consagración hispana y católica), que recurría a la historia para justificar sus obras en una actitud deliberada y progresista.

Quizá por esta razón, el gobierno del general Rafael Reyes (1904—1909) impulsó la realización de la exposición agrícola e industrial que se inauguró en Bogotá el 20 de julio de 1907, donde se premió la labor de empresas como la cervecera La Bavaria con el Gran Diploma de Honor y Placa de Oro, por los productos y la valiosa obra del empresario Leo Sigfried Kopp, quien equipó a Bogotá con una de sus primeras instalaciones industriales construidas desde 1888 en ingeniosa utilización del ladrillo, tecnificando la producción de cerveza a una escala estimable. Sería por iniciativa del mismo Reyes que se dio inicio a la organización y celebración de la Exposición del Centenario en 1910; sin embargo su gobierno se vio interrumpido antes de lo que él había previsto y tuvo que ausentarse del país en 1909. A pesar de esto, la iniciativa ya se había echado a andar.

BOGOTÁ Y LA EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO DE 1910

En 1911, el ingeniero Alberto Borda Tanco publicó en la revista *Anales de Ingeniería* un texto titulado “Bogotá”,

que acompañó con un plano de la ciudad en ese año y que da cuenta del desarrollo de esta urbe para entonces.

La parte de la ciudad que está construida actualmente ocupa 6'000.000 de metros cuadrados aproximadamente, y se extiende unos 3.000 metros desde la unión de la carrera 6ª con la 7ª al sur, hasta la plazuela de la fábrica de cerveza alemana *La Bavaria*, al norte, y 2.500 metros desde la Plaza de Egipto al este, hasta la estación del ferrocarril del Sur, al oeste.⁷

Borda afirmaba que entonces la ciudad poseía 600 manzanas con “16 casas cada una, las cuales contienen unos 100.000 habitantes”⁸ y menciona varios de sus adelantos, entre los que cabe destacar la luz eléctrica:

[...] se emplea el sistema eléctrico incandescente, aprovechando para ello la fuerza del río Funza o Bogotá, que pasa a unos doce o catorce kilómetros al occidente de la ciudad y se precipita al sur formando la bellísima cascada de Tequendama, que tiene 135 metros de altura y se halla a treinta kilómetros de Bogotá y a unos cinco del Charquito, en donde está la Estación hidroeléctrica de la compañía de Energía de los señores Hijos de Miguel Samper. Esta sociedad colombiana estableció desde 1900 una instalación de cuatro turbinas, que aprovechan una caída de cincuenta metros y mueven alternadores que desarrollan una potencia de unos 2.500 caballos, los cuales, trasladados aéreamente por transmisión trifásica, que tiene de día 6.700 voltios y

⁷ BORDA TANCO, “Bogotá”, en *Anales de Ingeniería*, xix:221-222 (jul.-ago. 1911), pp. 31-36.

⁸ BORDA TANCO, p. 31.

20.000 de noche, suministran la fuerza, luz y calor al centro de la ciudad y a un gran número de habitaciones.⁹

Es necesario aclarar que el servicio eléctrico lo disfrutaban unos pocos y que los suburbios de la ciudad carecían completamente de su suministro. Además de la instalación del servicio de energía eléctrica, Borda menciona la nacionalización del tranvía que adquirió la ciudad en 1910 y la regularización del servicio férreo al puerto fluvial de Girardot que, como se ha mencionado, permitió la rápida comunicación de Bogotá con el río Magdalena y el mar.

En el informe de Borda, se hace referencia también a que “este movimiento de progreso recibió un grande impulso con la Exposición nacional de industrias y bellas artes que hubo para festejar el Centenario de vida autónoma de la República en 1910”.¹⁰

El sitio en el que tuvo lugar esta actividad fue el mismo que tres años antes había servido de sede para la exposición de 1907 y que era conocido desde entonces como El Bosque o Parque de los Hermanos Reyes. Según Borda, en aquel entonces era

[...] una colina de suave declive y muy pintoresca orientación, de donde se domina un panorama hermosísimo por el vasto horizonte de la sabana y se goza de un ocaso admirable, en que al ocultarse el sol tras el macizo de la cordillera por el lado del nevado del Tolima, presenta un espectáculo análogo al del Righi sobre el lago de los cuatro cantones.¹¹

⁹ BORDA TANCO, pp. 32-33.

¹⁰ BORDA TANCO, p. 33.

¹¹ BORDA TANCO, p. 34.

Luego de varias discusiones éste fue, finalmente, el emplazamiento elegido para la realización de la que sería la mayor feria realizada hasta entonces en el país. La Comisión del Centenario escogió este lugar por su ubicación estratégica y fácil acceso, para lo que se procedió a la expropiación de los terrenos a su propietario Antonio Izquierdo y su posterior adecuación para los fines conmemorativos. Como se mencionó anteriormente, aunque por mandato de la Ley 39 de 1907 promulgada durante el gobierno de Reyes, se ordenó la solemne celebración del Centenario de la Independencia Nacional, el nuevo parque y la exposición fueron inaugurados por el presidente Ramón González Valencia el 23 de julio de 1910, mientras una multitud exaltada aguardaba impaciente desde la noche anterior el minuto para dar inicio a las celebraciones. Parecía entonces que la idea del progreso, que no pasaba de ser un discurso en la Bogotá decimonónica, pudo por fin encontrar viabilidad.¹²

Las festividades se iniciaron el 20 de julio de 1910 y fueron recibidas con euforia por una ciudad vestida para la ocasión. El programa de actividades públicas estaba colmado y se ofrecieron homenajes a hombres e instituciones. Como quedó descrito por un observador:

Al sonar las 12 de la noche en el reloj de la catedral, se dio un estrepitoso saludo al 20 de julio, con una salva mayor de artillería, con el canto del himno nacional por el pueblo acompañado de bandas militares, y con los silbatos de las locomotoras y las fábricas, con los repliques de campanas de todas las iglesias de la capital, y con los gritos entusiásticos de un inmenso gentío,

¹² ZAMBRANO PANTOJA y CASTELBLANCO CASTRO, *El Kiosco de la Luz y el discurso de la modernidad*, p. 12.

pues se calcula que ese día se duplicó la población normal de Bogotá.¹³

A pesar del poco tiempo que tuvieron los organizadores para el montaje y construcción de los diversos pabellones, éstos llegaron a erigirse en tan sólo cuatro meses. El lugar impresionaba a los visitantes por su dimensión, despliegue, y su veloz puesta en escena, al tiempo que la administración luchaba por alcanzar los recursos destinados a tal fin, no teniendo otro remedio que recurrir a las donaciones privadas para cumplir con el soberbio objetivo. De cualquier forma el parque y la exposición estuvieron listos, con la suficiente parafernalia como para ensanchar los corazones de quienes asistían, y deslumbrar ya fuera a propios o a extraños. Para aquel momento definitivo, Miguel Triana escribiría desbordante en la *Revista de Colombia*:

¡Esto fue indescriptible! A las nueve de la noche —del 23 de julio— colmaba el Parque de la Independencia, iluminado como el día por millares de focos eléctricos, una multitud de personas asombradas de la belleza del espectáculo y de la maravilla del ingenio de la Exposición, con sus edificios soberbios y sus productos artísticos e industriales, representaba como una revelación fulgurante. El Campo Marte, Versalles, el Palacio de Cristal, la maravilla europea ante la cual el viajero primerizo se queda estupefacto, se habían trasladado de repente y por arte mágico a Bogotá.¹⁴

¹³ *Primer Centenario*, p. 139.

¹⁴ *Primer Centenario*, p. 215.

LA EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO Y SUS EDIFICACIONES

El predio seleccionado para la exposición corresponde en la actualidad en su mayor parte al área verde que se conoce como Parque de la Independencia. Se trata del extremo sur de lo que había sido conocido como el Alto de San Diego, terreno particularmente inclinado que se localizaba entre las actuales carreras 5ª y 7ª y que había sido surcado por la quebrada de San Diego que, para 1891 y según el plano de Carlos Clavijo, había sido canalizada. Los linderos del predio correspondían a los linderos actuales del parque, incluyendo al suroriente el área ocupada hoy por la Biblioteca Nacional que limita con la calle 24 y las carreras 5ª y 6ª, y al norte la calle 26. La exposición se organizaba en torno a un sendero que empezaba siendo perpendicular a la carrera 7ª y luego continuaba a lo largo de la falda del alto de San Diego. Al costado norte de este sendero, que aún existe y que entonces remataba en la escultura ecuestre del Libertador, realizada por el francés Emanuel Fremiet (1824-1910), estaban situados el Quiosco de la Música y el Pabellón Egipcio. En el sector sur de este sendero estaba el estanque elíptico de las fuentes luminosas, limitado por una balaustrada, que le daba frente al pabellón central de la exposición, también conocido como de la Industria. En la parte posterior de este pabellón se encontraba el pequeño Quiosco de la Luz, situado al frente del Pabellón de Bellas Artes. Al sur de este último, próximo a la calle 24 estaba localizado el Pabellón de las Máquinas y al oriente de éste, sobre la carrera 5ª, el Quiosco Japonés y los establos.

Los pabellones de la Industria, Egipcio, Bellas Artes y de las Máquinas eran los de mayor tamaño y se construye-



Parque de la Independencia, Bogotá, Colombia.

ron con aportes del gobierno y de entidades y personas particulares, gracias a una convocatoria abierta que se hizo a través de algunos periódicos de la ciudad. Los quioscos de la Música, Japonés y de la Luz, por su parte, eran de menor tamaño y fueron donados por empresas privadas, como sucedió en la exposición que se realizó en el mismo lugar en 1907.

La coordinación arquitectónica estuvo a cargo de Mariano Santamaría, quien contó con la colaboración de jóvenes ingenieros y arquitectos como Escipión Rodríguez, Arturo Jaramillo Concha y Carlos Camargo Quiñones, primer arquitecto graduado de la Universidad Nacional de Colombia.

Quiosco de la Música

La fábrica de chocolates Chaves y Equitativa financió la construcción de un quiosco de planta octogonal, diseñado por Arturo Jaramillo Concha, destinado al uso “de las bandas de música que deleitan con sus acordes al público que concurre a aquel hermoso sitio”. El quiosco fue solemnemente inaugurado el 23 de julio de 1910 en un acto al que asistió el presidente de la República, Ramón González Concha, con los ministros del despacho, el cuerpo diplomático, el gobernador del Distrito Capital y el Concejo Municipal. Luego de la exposición, el quiosco siguió prestando su servicio original, hasta 1916 cuando el alcalde intentó demolerlo, pero al ser propiedad del municipio, el concejo no lo permitió. A pesar de esto, el quiosco fue finalmente demolido en 1945.

Quiosco Japonés

El diseño de esta curiosa estructura estuvo a cargo de Carlos Camargo Quiñones y sirvió para albergar la residencia del guardabosques que cuidaba el parque. Estaba situado en las inmediaciones de los establos y era una especie de pagoda elevada del nivel del piso por un zócalo de piedra al que se accedía por unas escaleras. Tenía dos pisos de altura, molduras ondulantes, faldones combados y aleros de vuelta hacia arriba. De acuerdo con la investigación realizada por la antropóloga Inés Sanmiguel, quien le siguió el rastro a la inmigración japonesa en nuestro país, los primeros japoneses que llegaron a Colombia fueron traídos en 1908 por Antonio Izquierdo, propietario del predio en donde se realizó la exposición.¹⁵ Uno de ellos era jardinero y se llamaba Tomohiro Kawaguchi y es muy posible que trabajara como guardabosques del parque; quizá eso explique el estilo japonés de esta construcción. De Kawaguchi sabemos que luego trabajó como jardinero en la casa del general Rafael Reyes, como profesor de jardinería en el asilo de San José y que años después murió en el Ocaso (Cundinamarca).

Pabellones transitorios

Dentro de esta categoría se incluyen las pesebreras, ubicadas en la parte más alta del parque y que fueron utilizadas para las exposiciones de animales, así como el Carrusel de Vapor, que administraba Ricardo Vélez (con 20% de impuestos del producto bruto) y estaba situado en el costado norte.

¹⁵ SANMIGUEL, *Japan's Quest for El Dorado*, p. 98.

Pabellón de las Máquinas

El diseño de este pabellón estuvo a cargo del arquitecto Escipión Rodríguez y era una edificación de tres naves que tenía 20 m de frente por 45 de largo. Era el más transparente de todos y se organizaba a partir de una sencilla estructura compuesta por pilastras de mampostería que definían sus tres cuerpos, uno central y dos laterales. El acceso al cuerpo central lo anunciaban dos pilastras lisas que sostenían un dintel también liso sobre el que se apoyaba una superficie acristalada, rematada por un cornisamento que anunciaba una cubierta a dos aguas y en cuyo centro estaba el escudo nacional. Los cuerpos laterales, de menor altura, estaban también rematados por cubiertas a dos aguas y tenían al frente grandes relojes fabricados en Antioquia y Pacho. El primero luego fue instalado en la iglesia de Las Cruces y el segundo les recordaba a los visitantes de la exposición “cada media hora y cada cuarto de hora, que hay en la montaña genios superiores que realizan obras que ahora veinte años se habrían considerado imposibles”.¹⁶

En el interior del pabellón, de acuerdo con la descripción del ingeniero Miguel Triana Cote (1859-1931) “se exhibían los productos de una fábrica de muebles y de otra de peinetas, varias máquinas de hilandería, varios relojes y obras de fundición de imprenta y catres de hierro, así como una rica colección de maderas del país”.¹⁷ En la nave central estaba la máquina de beneficiar café elaborada en Caldas por Anto-

¹⁶ *Primer Centenario*, p. 218.

¹⁷ Miguel Triana, en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 238.

nio J. Quintero, otra para hacer fideos, así como productos de las fábricas de fósforos, de fundiciones y de carrocerías. En una de las naves laterales había motores de vapor, una rueda Pelton e “instalaciones de cocinas y otros servicios domésticos de calderería”.¹⁸ El centro del pabellón estaba ocupado por una

[...] grandísima cúpula sostenida por muchas columnas, formado todo esto con tubos de *gres* de los señores Santamaría y Moore, y se ven allí todas las clases, diámetros y dimensiones de estos tubos, tan notables que, por no ser porosos, prestan incalculable servicio para los acueductos con presión.¹⁹

Luego de la exposición, el pabellón sirvió de sede al Teatro del Bosque, administrado por Francisco J. Pardo, en donde se hicieron representaciones teatrales, así como funciones de zarzuelas y espectáculos de beneficencia. También se hicieron proyecciones de cine, a cargo del italiano Francesco di Domenico, hasta cuando, por inconvenientes con Pardo, decidió trasladarse al Teatro Municipal. Se hacían representaciones los jueves, sábados y domingos. Finalmente el pabellón fue demolido en 1924 por “feo e inútil”.²⁰

PABELLÓN CENTRAL O DE LA INDUSTRIA

El diseño de este pabellón estuvo a cargo de los arquitectos Mariano Santamaría y Escipión Rodríguez y su cons-

¹⁸ Véase Miguel Triana en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casís, 1911, p. 238.

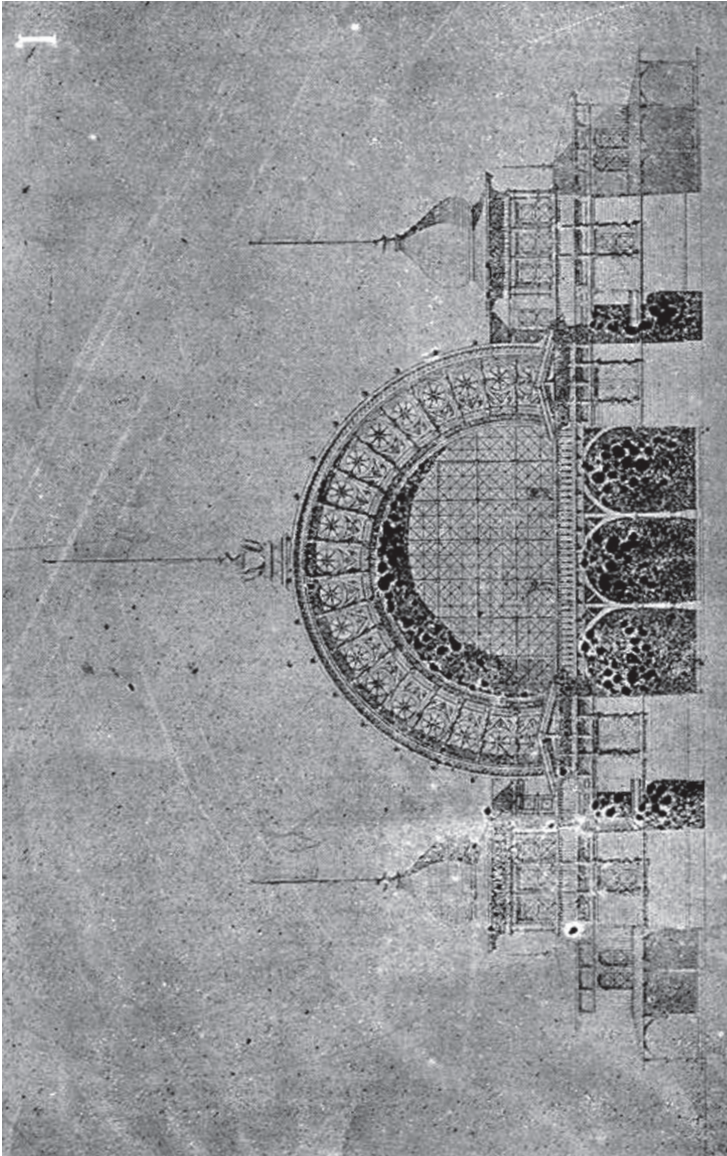
¹⁹ *Primer Centenario*, p. 219.

²⁰ NIÑO MURCIA, *Arquitectura y Estado*, p. 58.

trucción se inició el 14 de febrero de 1910. Poseía una planta rectangular que medía 54 m de fondo por 25 m de frente e interiormente se organizaba a partir de una nave central y dos laterales. El cuerpo central se anunciaba en la fachada con un arco de 12 m de diámetro que se apoyaba sobre dos pequeños volúmenes. Estos últimos estaban rematados por un cornisamento decorado con veneras y un frontón triangular que flanqueaban una esbelta arcada apoyada en delgadas columnas que limitaban el vestíbulo de la edificación. Este cuerpo central a su vez tenía a sus costados dos torres, de difícil filiación estilística, coronadas por cúpulas bulbiformes. Los pisos estaban pavimentados en cemento y tenía capacidad para 2 400 personas. Los productos exhibidos se situaron de acuerdo a cada uno de los tres sectores del pabellón. En la nave norte estaban fábricas de tejidos como la de Samacá y la Nacional de Tejidos. Ambas compañías exhibieron paños de algodón, mantas, driles blancos y de color y un muestrario de la evolución del algodón al pasar por las máquinas. En la nave central productos farmacéuticos, cigarrillos, jabones y las fábricas de velas como La Marsellesa, La Campana, El Sol y la Luz X, esta última exhibió no sólo velas sino también jabones “desde el inferior para lavar la ropa, hasta los de heliotropo blanco y violeta, en magnífica edición de lujo”²¹ y en la nave sur productos de talabarterías, tapicerías, carpinterías y zapaterías.

Luego de la exposición el pabellón tuvo varios usos: fue arrendado por José Ignacio Osorio para instalar allí un salón de patines, negocio que continuó su hermano Juan Crisóstomo hasta 1915. En ese año se trasladó del Pabellón Egipcio

²¹ Véase TRIANA, p. 237.



Pabellón Central o de la Industria.

el Sporting Club, en donde se dictaban clases de gimnasia, esgrima, boxeo y tiro al blanco, y que administraba el artista Silvano Cuéllar. Para finales de ese año se autorizó al señor Gregorio Espinosa para que exhibiera entre el 14 y 21 de noviembre el “ternero fenómeno” y cuatro meses más tarde se anunciaba en la revista *Cromos* que el pabellón “había sido demolido recientemente”. Su demolición, que se adelantó “con todo cuidado”, se argumentó como “una de las mejoras que se imponían [...] por el estado ruinoso en que se hallaba y para la mejora estética del parque [...]”.²²

En efecto, el 18 de diciembre de 1915, en el *Diario Oficial* se invitaba a la licitación para “adjudicar al mejor postor los materiales de que se compone el Pabellón Central”. Dentro de las obligaciones estaba la de “desbaratar por su cuenta el pabellón en un tiempo no mayor de sesenta días” y “retirar del Parque, tan pronto como vayan saliendo los materiales y despojos que resulten del edificio”.²³

Pabellón de Bellas Artes

El diseño del pabellón estuvo a cargo de los arquitectos Arturo Jaramillo Concha (1876-1959) y Carlos Camargo Quiñones; su construcción se inició el 15 de marzo de 1910 y culminó cuatro meses más tarde. Poseía una planta rectangular que se organizaba a partir de un espacio longitudinal central de mayor altura y dos laterales. Estos últimos contaban con una iluminación cenital y grandes ventanas rectangulares que fueron clausuradas para la exposición. El cuerpo

²² Revista *Cromos*, Bogotá, 1:10 (18 mar. 1916), p. 146.

²³ *Diario Oficial*, núm. 15672, Bogotá (18 dic. 1915).

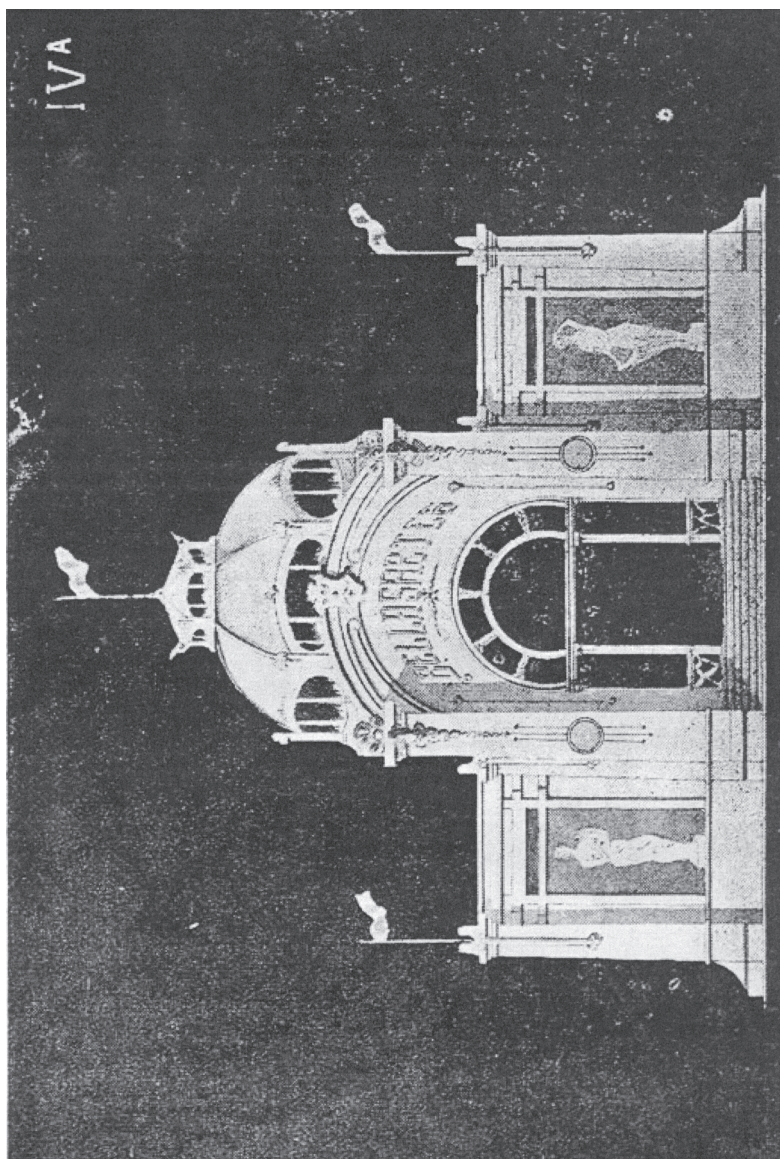
central se hacía evidente en la fachada con dos robustas pilastras que enmarcaban el acceso y flanqueaban una escalera que conducía a la puerta principal de ingreso al pabellón. Las fachadas de los dos cuerpos laterales se organizaban alrededor de accesos axiales enmarcados también por pilastras. El conjunto estaba coronado por una cúpula octogonal que se apoyaba sobre un tambor con ventanas elípticas. En el diseño de la fachada se ven detalles ornamentales que luego utilizaría Jaramillo en las facultades de Derecho e Ingeniería de la Universidad Nacional, como la decoración en las pilastras y el escudo de Colombia como remate de la entrada principal. El pabellón fue demolido en la década de 1940.

Pabellón Egipcio

Este pabellón, cuya construcción se inició el 1º de marzo de 1910 y se construyó en tan sólo cuatro meses, tenía capacidad para 1 000 personas y se destinó a la exhibición de las “obras de mano de las damas y especialmente, de las sostenedoras, de las salas de asilo”.²⁴ Se erigió sobre una terraza a la que se accedía a través de escalinatas a cuyos costados había un par de esfinges. El diseño fue una libre interpretación del templo de Horus en Edfú (Egipto) que estuvo a cargo de los arquitectos Arturo Jaramillo Concha y Carlos Camargo Quiñones quienes, a juicio de Miguel Triana, “obtuvieron con él un brillante triunfo artístico, por la corrección del estilo seguido en todos sus detalles y decorados de un gusto exquisito”.²⁵

²⁴ *Primer Centenario*, p. 234.

²⁵ Véase Miguel Triana, en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 238.



Pabellón de Bellas Artes.

El pabellón poseía una planta rectangular que medía 14 m de ancho por 30 de largo. La fachada principal era simétrica y poseía tres cuerpos, uno central y dos laterales. El cuerpo central, que precedía ligeramente a los cuerpos laterales, tenía dos columnas con capiteles vegetales que flanqueaban el acceso principal que estaba coronado por un friso liso decorado con motivos egipcios. Los cuerpos laterales poseían sencillas ventanas rectangulares determinadas por pilastras lisas, decoradas con largas antorchas, y en los extremos, a manera de acroteras, esculturas de la esfinge. Fue demolido en la década de 1930.

Quiosco de la Luz

Los hermanos Samper Brush, hijos de Miguel Samper Agudelo (1825-1899), poseían desde 1895 el derecho de abastecer de energía eléctrica a Bogotá y en 1909 establecieron la primera planta de cemento en las inmediaciones de la estación de La Sabana. Durante los días que duró la exposición en el Parque de la Independencia suministraron gratis su iluminación eléctrica y con el objeto de situar la planta para prestar este servicio, construyeron el denominado Quiosco de la Luz. La obra de esta sencilla edificación estuvo a cargo del albañil Simón Mendoza quien siguió el modelo del *Belvedere* o Pabellón de la Música, construido entre 1778 y 1781 por el arquitecto francés Richard Mique (1728-1794) en el conjunto del Petit Trianon en el parque de Versalles en París. Esta sencilla estructura tuvo el mérito, a su vez, de haber sido la primera edificación construida con cemento nacional producido por la fábrica de cementos Samper.

El Quiosco de la Luz es una edificación de planta octogonal, de un solo piso y tiene accesos en cuatro de sus costados y ventanas en los otros cuatro. Posee una fachada decorada con un cornisamento que tiene un friso ornamentado con guirnaldas y está rematada por un ático abalaustrado que limita una cúpula. Las puertas están coronadas por frontones triangulares que se apoyan en ménsulas, y en la parte superior de las ventanas hay imágenes alegóricas de las cuatro estaciones.

Luego de la exposición el quiosco tuvo varios usos y permaneció abandonado por muchos años. Finalmente y frente al avanzado estado de abandono la Corporación La Candelaria decidió emprender su proceso de restauración en el año 2005. Este trabajo, que estuvo a cargo del arquitecto Julián Suárez con la interventoría del Instituto Carlos Arbeláez Camacho de la Pontificia Universidad Javeriana (antiguo Instituto de Investigaciones Estéticas), culminó en febrero de 2006. El Quiosco de la Luz es la única estructura que se conservó de la exposición y, con el parque, es el último testimonio construido de esta actividad en la ciudad.

EL ACTO

Ramón Blanco nació en Ónzaga (Santander) en 1804 y a los 15 años se incorporó a la Compañía de Voluntarios de Pedro Martínez, que luego de la batalla de Boyaca tomó prisionero al general José María Barreiro (1793-1819). A sus 106 años, que apoyaba en un bastón de madera rematado por una bola de cobre y cubierto con un sencillo abrigo de bayeta, se dirigió con una corona de flores a la estatua del Libertador frente a una multitud “ansiosa de conocer el

famoso bronce” que había sido encargado a Francia al escultor Emanuel Fremiet:

A las cuatro y media de la tarde, suenan las cornetas que anuncian la llegada del Presidente, y asciende el decrepito anciano por una larga escalera en equilibrio con su corona en la mano. La emoción esperada se trocó en angustia: todos los pechos suspendieron el aliento ante la peligrosa y atrevida ascensión, rayana en ridícula, a que se quiso someter a este pobre anciano, digno siquiera por su edad, de la veneración de los contemporáneos”.²⁶

El anónimo y viejo soldado Blanco vivió su momento de gloria en compañía de otros héroes de la independencia que para entonces ya habían alcanzado el eterno bronce en el marco de los distintos eventos que con motivo de la celebración del primer Centenario de la independencia tuvieron lugar en Bogotá en 1910.²⁷

Si bien los actos se iniciaron el 15 de julio, alcanzaron su clímax la víspera del 20, fecha que desde el segundo gobierno de Murillo Toro (1872-1874), en 1873, había sido adoptada como oficial y declarada cuna de la independencia. El 19 de julio de 1910, una imponente procesión salió de la iglesia de la Veracruz, que había sido declarada Panteón Nacional por conservar los restos de la mayoría de los patriotas fusilados en 1816 por orden de Morillo, y por obvias razones fue el lugar escogido para sacar en andas el Cristo de los Mártires: “una de las reliquias históricas más preciadas

²⁶ Véase Miguel Triana, en *Revista de Colombia. Volumen del Centenario*, Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1911, p. 217.

²⁷ Revista *El gráfico*, Bogotá, 1 (24 jul. 1910).

que conserva la República” y ante el cual “se humedecieron los ojos y se sintieron conmovidos los corazones de muchos ciudadanos”.²⁸

En la noche de ese día se iluminó la Plaza de Bolívar, donde se habían situado el ejército nacional y varias bandas musicales que en medio de una marcha de antorchas esperaron pacientemente hasta la media noche, cuando

[...] el pueblo de Bogotá dio el grito de ¡Viva Colombia! Las campanas de todas las iglesias tocaron a vuelo, los silbatos de todas las máquinas hirieron el aire, las bandas de música y las orquestas entonaron el himno nacional y cuarenta mil personas, agrupadas alrededor de la estatua del Libertador, se entregaron al más férvido entusiasmo de amor por la Patria

y se dio inicio a un desfile que recorrió las principales calles de la ciudad hasta el amanecer. Por fin, en la noche del 23 de julio se abrió la Exposición Industrial y Agrícola que, con motivo de este festejo, se organizó en el Bosque, como entonces se conocía al actual Parque de la Independencia. A las 9 de la noche, Carlos Michelsen Uribe (1850-1930), miembro de la Junta Especial del Centenario le explicó al presidente de la República: “Vais a tocar, señor, un resorte que cierra el circuito eléctrico y dará paso a la corriente para iluminar con profusión este recinto”. Así, se iluminó el recinto ferial, bajo esta luz eléctrica que auguraba mejores tiempos, se destacaron los edificios, las arboledas, el jardín y el estanque que fueron solemnemente inaugurados por el general Ramón González Valencia (1854-1928), entonces presidente de la República.

²⁸ Revista *El gráfico*, núm. 1 (24 jul. 1910), Bogotá, p. 11.

González Valencia pidió en su discurso inaugural la “conciliación definitiva entre todos los que llevamos el glorioso nombre de colombianos”, en una solicitud que encerraba el sentimiento general, que estaba lleno de optimismo hacia el futuro que se representaba en esas “esbeltas edificaciones erigidas para albergar las obras más notables que nuestra industria y nuestro arte producen”, y que auguraban un futuro mejor de embellecimiento urbano y progreso. Se puede concluir que esta exposición nacional, al igual que las exposiciones internacionales que se habían realizado desde la segunda mitad del siglo XIX, logró despertar la ilusión de un país que vio en ella el progreso histórico que los llevaría a alcanzar sus metas utópicas.

Luego de la exposición, el paseo dominical por el Bosque se convirtió en una de las mayores atracciones de la ciudad. Al Bosque se iba para dejar atrás la “atareada vida del centro, conseguir un saludable descanso y disfrutar una hora de belleza. Allí con el oxígeno, el color y la quietud, al par que se desagrava un poco el organismo se toma algún aliento espiritual con que volver al aniquilador pero ineludible vaivén ciudadano”.²⁹ Pero no sólo se asistía a este lugar por estas razones. Allí ahora se encerraba algo de ese mundo cosmopolita que los bogotanos ansiaban compartir con las demás ciudades y que requería dejar atrás el carácter “huidizo y huraño” que caracterizaba, según un cronista de la época, a los habitantes de esta ciudad:

¡De cuánto se podría gozar aquí en una hora si fuéramos otros, si nos cambiaran este modo de ser, todavía santafereño, por uno

²⁹ “Paseo por el Bosque”, *El gráfico*, Bogotá, 11 (1º oct. 1910), Serie II.

más cordial, menos ceremonioso y convencionalista, si supiéramos mirarnos y hablarnos y reírnos y comunicarnos y pasar sin recelo unos por junto de otros como lo hacen todas las gentes, de todas las ciudades, de todos los países, de todo el mundo!³⁰

BOGOTÁ DESPUÉS DE LA EXPOSICIÓN DEL CENTENARIO

Aunque de alguna forma la feria del Centenario fue una demostración vigorosa del arte y la industria nacionales, era para entonces, como lo señala Kalmanovitz, “[...] todavía en 1910 relativamente arriesgado para un empresario en ciernes invertir en una industria un capital previamente acumulado en el comercio, el café, la agricultura o traído del exterior”,³¹ y tras el tardío proceso de industrialización que fue “largo y penoso”,³² resultaba casi inocente la celebración de esta feria. Pero como se ha querido interpretar, la celebración de la Exposición Industrial y Agrícola de 1910 y la construcción del pintoresco parque con los diversos pabellones, constituyen un punto fundamental de la historia urbana de Bogotá para entender las corrientes sociales y el pensamiento que la hicieron posible.

Bogotá continuó su industrialización y para 1912 contaba con dos fábricas grandes de tejidos, materiales de algodón y lana de baja calidad, destinados al mercado de masas. La Compañía de Cemento Samper ya operaba a escala bastante grande y había otra de gran tamaño dedicada a la fabricación de baldosas, cisternas y conductos de agua, conocida como fábrica Moore: “Estas fábricas han tenido un efecto

³⁰ “Paseo por el Bosque”, *El gráfico*, Bogotá, 11 (1º oct. 1910), Serie II.

³¹ KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 79.

³² KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 79.

grande en reducir la demanda por cemento importado. Además existe proliferación de fábricas de gaseosas, cerveza, chocolate, que utilizan la última tecnología”.³³ Era un hecho que la feria había estimulado la industria y comprometido a las artes, para testificar los aires de expresión y pensamiento que rodeaban a Bogotá en aquellos tiempos.

Así mismo y de manera paralela al caso de Bogotá, se dieron en todo el país grandes celebraciones con motivo del Centenario de la independencia, y en la mayoría de las ciudades importantes se erigieron monumentos conmemorativos como puntos formales dentro del trazado, que acaparando fines simbólicos, generaron años después nuevas dinámicas de urbanización en sus contextos inmediatos. Una vez más los pretextos de una festividad patriótica habían servido para generar nuevas escenografías urbanas y manifestar cambios en las dinámicas sociales. Cabe recordar que la época del Centenario marcó a toda una generación de colombianos que fueron bautizados como la Generación del Centenario, que realizó en los siguientes 40 años de celebrada la feria importantes transformaciones sociales, económicas y políticas en la historia colombiana.

Desde un punto de vista arquitectónico es innegable que las edificaciones del Parque de la Independencia fueron un reflejo de la arquitectura de inspiración neoclásica que había predominado en el siglo XIX y que aún agonizaba en este siglo XX que apenas se iniciaba. De esta manera, sufrieron el cambio de gusto estético que ya para entonces se estaba forjando en Europa y que dio paso a nuevas manifestacio-

³³ KALMANOVITZ, *El desarrollo tardío del capitalismo*, p. 81.

nes estéticas que llegarían a nuestro país en la tercera década del siglo xx.

Sin embargo, sería injusto no ver el otro lado, que bajo la apariencia neoclásica de la única edificación que se salvó, el Quiosco de la Luz, se encerraban los elementos que terminarían por definir el destino arquitectónico de Bogotá y el país desde ese momento: la luz eléctrica, el concreto armado y el vidrio.

En efecto, y como lo describía Borda Tanco, en las afueras de Bogotá, donde se realizó la exposición, no había aún luz eléctrica y el hecho de tener un generador de energía en esta edificación permitió iluminar el recinto ferial durante el tiempo que duró el evento. Imaginar el impacto que esta visión tuvo en la Bogotá de entonces es difícil para nosotros, acostumbrados a la permanente compañía de la luz eléctrica. Así mismo, la decisión de construir esta pequeña estructura en cemento armado sólo fue el comienzo de la carrera que para entonces iniciaba la Compañía de Cemento Samper y que permitió que nuestro país se convirtiera en productor de este material y dejara de importarlo, como había hecho hasta entonces. A partir de la Exposición del Centenario, los múltiples trabajos adelantados por Cemento Samper dejan ver cómo el cemento poco a poco fue tomando el mercado de la construcción hasta convertirse en el material constructivo por excelencia en el siglo xx.³⁴

Finalmente y desde un punto de vista urbano es interesante ver también cómo el espacio ocupado por el Parque de la Independencia, que se complementaba con el desapa-

³⁴ CARRASCO ZALDÚA, *La Compañía de Cemento Samper*.

recido Parque del Centenario, si bien ha sufrido innumerables transformaciones, aún se puede leer como el punto de quiebre entre la ciudad tradicional y los nuevos desarrollos urbanos que vendrían después. Desde la construcción de la Biblioteca Nacional (1933-1938) y el Museo de Arte Moderno de Bogotá (1969-1988) al costado sur del parque; las Torres del Parque (1964-1970), la obra más emblemática de la arquitectura nacional en el siglo xx, del arquitecto Rogelio Saltona, en su extremo oriental. La Plaza de Toros (1930-1944) y el Planetario (1968-1969) al norte complementadas por la presencia del Centro Internacional (1952-1982) y el Hotel Tequendama (1952) al occidente. Se puede afirmar que este lugar ha estado en permanente transformación a través de obras que sin duda encarnaron el espíritu de cambio y modernización que esperaban los organizadores de la Exposición del Centenario.

De esta manera, si bien es innegable que desde un punto de vista urbanístico y arquitectónico la Exposición del Centenario fue concebida para convertirse en un hito en la historia nacional, con el paso de los años se demostró que el efecto obtenido se alcanzó pero no por el camino que esperaban sus promotores. Las edificaciones que conformaron la exposición y que estaban llamadas a ser recordadas por muchos años no superaron la segunda mitad del siglo xx antes de que fueran demolidas por “feas e inútiles”. Así, se puede concluir que, en efecto, la Exposición del Centenario como hecho superó ampliamente las posibles expectativas de sus organizadores, que apelaron a un repertorio formal que resultaría obsoleto en pocos años, pero que en esencia fue una especie de “presagio” urbanístico y arquitectónico que contendría en sí mismo las más impresionantes trans-

formaciones de la ciudad en los años siguientes, como el tiempo se encargaría de demostrarlo.

Sorprende así mismo que un siglo después, cuando ya se convocó una nueva comisión, esta vez para celebrar el Bicentenario de la Independencia, uno de los proyectos más importantes que piensa adelantar la ciudad esté situado en el predio del Parque de la Independencia. Será una plataforma que cubrirá la calle 26, entre las carreras 7ª y 5ª, y unirá de nuevo a la Biblioteca Nacional y al Museo de Arte Moderno con el parque. No se conoce ni el diseño definitivo, ni mucho menos ha empezado la construcción. Al parecer, no se ha perdido la costumbre “centenaria” de dejar todo para el último momento.

REFERENCIAS

Bogotá

Bogotá el 6 de agosto de 1938, Bogotá, Editora Arco, Sociedad de Mejoras y Ornato, 2001.

BORDA TANCO, Alberto

“Bogotá”, en *Anales de Ingeniería*, XIX:221-222 (jul.-ago. 1911), pp. 31-36.

CARRASCO ZALDÚA, Fernando

La Compañía de Cemento Samper. Trabajos de arquitectura, Bogotá, Planeta, Corporación La Candelaria, 2006.

ESCOVAR, Alberto, M. MARIÑO y C. PEÑA

Atlas histórico de Bogotá: 1538-1910, Bogotá, Planeta, Corporación La Candelaria, 2004.

HERRERA DE LA TORRE, R.

75 años de fotografía, 1865-1940, Bogotá, Presencia, 1970.

ISAZA, E.

Primer Centenario de la Independencia de Colombia: 1810-1910, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1911.

KALMANOVITZ, Salomón

El desarrollo tardío del capitalismo: un enfoque crítico de la teoría de la dependencia, Bogotá, Siglo Veintiuno Editores, 1983.

MARTÍNEZ, Frédéric

El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, Bogotá, Banco de la República, 2000.

MEJÍA PAVONY, Germán Rodrigo

Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Departamento de Historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, CEJA, 2000.

NIÑO MURCIA, Carlos

Arquitectura y Estado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, 1991.

Planos y dibujos

Planos y dibujos: Archivo del Ministerio de Obras Públicas y Transporte, 1905-1960, Bogotá, Museo de Arte Moderno, 1993.

Primer Centenario

Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1911.

SANMIGUEL, Inés

Japan's Quest for El Dorado. Emigration to Colombia, Tokio, Kojinshoten, 2005.

ZAMBRANO PANTOJA, Fabio y Carolina CASTELBLANCO CASTRO

El Kiosco de la Luz y el discurso de la modernidad, Bogotá, Alcaldía Local de Santa Fe, Instituto Distrital de Cultura, 2002.

